

Sergio Rojas. *De algún modo aún. La escritura de Samuel Beckett. Santiago: Pólvora Editorial, 2022, 204 p.*



Carolina Brncić
Universidad de Chile, Chile
carolinabrncic@uchile.cl

Somehowon, ‘de algún modo aún’, es el adverbio elegido por el filósofo Sergio Rojas para recorrer la tésitura de la escritura de Beckett, entendiéndola como un itinerario desde *Murphy* hasta *Cómo es*. Distanciándose del interés por interpretar el sentido de ‘la obra’, se interna en su escritura como trayecto, como lugar de procesamiento, como forma que aloja el poder generador, y al mismo tiempo, despoblador del lenguaje. En este derrotero el autor examina la transformación de la prosa desde la forma novelada de *Murphy*, pasando por la antinovelada *Watt*, la hiper reflexividad que conduce a la conciencia y al habla hasta su agotamiento en la trilogía (*Molloy*, *Malone muere*, *El innombrable*), hasta el ya-no de la novela en *Cómo es*. Se trataría de la transformación del relato con la progresiva impugnación de referencialidad hasta agotar las posibilidades narrativas, para llegar a la reflexividad del habla como único asunto, donde la escritura deviene lugar último y límite de la persistencia de una subjetividad y del lenguaje como acontecimiento. Este carácter autorreflexivo se basaría en la premisa del habla como telos de y en sí misma conduciendo la escritura –y con ello, el pensamiento– hasta su extenuación que, lejos de decantarse en la mudez, exhibe la imposibilidad del fin en un incesante reinicio.

La lectura de Rojas se despliega bajo dicha proposición, tramando la relación pensamiento-habla, con la cuestión e identidad del sujeto y la puesta en crisis de la referencialidad, haciendo ingresar los motivos que entreveran dichos problemas: el silencio, la inmovilidad, la memoria, los restos, entre otros.

Si en la escritura de Beckett las palabras son el único recurso, estas dejan de ser medio para instalarse como acontecimiento –tremendo– que desborda la forma y el sujeto, volviéndose la enunciación la única situación y lugar posible. Desde este presupuesto, las interrogantes beckettianas –¿quién habla?, ¿de qué habla?, ¿por qué habla?, ¿hasta cuándo habla?, ¿a quién (se) habla?– son recuperadas una y otra vez por Rojas para mostrar cómo el irlandés da “vida narrativamente a la ficción filosófica del sujeto” (p.88) en una operación de desplazamiento del cogito cartesiano. Si el sujeto de la meditación filosófica se territorializa en una

sustancialidad a través de la acción reflexiva –existir es estar pensando–, en Beckett dicho lugar queda diferido y suspendido en la acción del habla que acontece como imperativo que puja por continuar y comenzar. La operación reflexiva del ego cartesiano de hacerse sujeto se desbarata en los hablantes beckettianos, atravesados por el habla, impedidos de hacerse sujetos del proferir, cuestión que se refrenda en la indagación permanente de quién habla. La des-sujeción del hablante frente a lo hablado, desplaza la ilusión del sujeto que piensa, ya que el pensamiento aparece como algo externo que abruma al ser; un esfuerzo ajeno a la propia conciencia que el hablante no reconoce como suyo y que se articula como murmullo, zumbido incesante poblado de preguntas y carente de respuestas y sentidos: un sordo griterío en el cráneo.

Así, el yo pienso es sustituido por un hablar hablándose, en una búsqueda afanosa del sujeto de encontrarse en el lenguaje, como si en ese gerundio permanente pudiera hacerse sujeto del silencio. Es aquí donde el lugar vacante del yo se despliega, vacía y rellena con palabras en un intento infructuoso de reificar al sujeto al tiempo que una identidad, volviendo al habla misma lugar de existencia. Esta constatación define la única certeza que se despliega en el ‘universo Beckett’, en tanto hablar es la forma de habitar el tiempo, un deíctico, continuum que desaloja cualquier otra posibilidad fuera de las palabras, y que, en tanto signo, es la distancia del sujeto con el mundo.

Los hablantes de Beckett existen en las palabras con la extrema lucidez de la imposibilidad de trascenderlas. Es aquí donde Rojas se hace cargo de la reiterada obsesión de la crítica academicista ante la pregunta por el sentido, dada la crisis de referencialidad que exhibe su escritura. Frente a las lecturas que sitúan la obra de cara a la catástrofe o después de ella, mostrando el mundo o lo que queda de él como resto y basura, Rojas ofrece la comprensión del lenguaje como residuo, huella de un tiempo anterior y génesis de uno posterior, rescoldo que denomina aún. Este intervalo aparece como la condición del habla y del hablante, en tanto haber comenzado a hablar es haber comenzado a existir. Las preguntas recurrentes por el origen y el fin

—¿desde cuándo?, ¿hasta cuándo?— se cohesionan en el despliegue ininterrumpido del discurso que exhibe esta *anterioridad posterior*. La tesis del agotamiento que propone Rojas se despliega entonces como incesante reinicio, en la imposibilidad de terminar de comenzar: en lo que ya aconteció, solo que no llega a consumarse. De este modo, la escritura de Beckett no se encaminaría a un fin como cese y con ello a un sentido, por cuanto las palabras no referirían al mundo que se ha retirado, sino a quién las formula. Es esa ausencia de mundo, la opaca superficie grisácea, la que deja de ser contenido aprehensible por la conciencia, la que queda suspendida en la auto referencialidad de los signos y que se traduce en la ‘falta de asunto’ que exhibe su obra.

En la enunciación, los contenidos —relatos, personajes, nombres y situaciones— que alguna vez articulaban los relatos del mundo, zozobran ahora en un mar de significantes y persisten como sedimento de significaciones muertas. De allí que la falta de una materia —o del motivo en la ficción, como precisa Rojas— conduzca la trayectoria narrativa desde la novela en *Murphy* hasta el límite de la forma en *Cómo es*, en el hueco de la novela que ya no es. La escritura beckettiana sería entonces, a juicio de Rojas, “la puesta en obra de ese sin asunto” (p.53), reorientando el contenido de la enunciación hacia el sujeto que se vuelve objeto de su autopercepción o al personaje devenido lugar.

La falta de asunto en el despliegue discursivo incesante es, de un lado, la búsqueda inagotable del sujeto por encontrarse, de coincidir como sujeto de la enunciación y del enunciado, de darse a sí mismo una vida, en la interrogante de quién habla que es al mismo tiempo quién (se) escucha. En este sentido, el personaje aparece como recurso y como punto de apoyo desde donde percibir el mundo, por cuanto decir yo supone un déctico en el tiempo y el espacio. Es claro que este lugar también se difumina en consonancia con la forma narrativa en la progresiva deshumanización que se observa en *Murphy*, *Watt*, *Molloy* y *Malone*, desplazando la pregunta por la identidad de quién habla a la naturaleza de eso que habla para terminar interrogando la huella de esa presencia que resuena en la voz.

Para Rojas esta progresiva desposesión del yo en el habla exhibe el itinerario del agotamiento que Beckett realiza, conduciendo una estética del sujeto hacia el límite de sus posibilidades, desde las ficciones de identidad y la exacerbada autoconciencia hasta el extravío de esta en *Cómo es*. Este afanoso procesamiento y adelgazamiento en la trayectoria narrativa encuentra en el teatro una pausa, en tanto este le provee por

excelencia el recurso del personaje como lugar. Así, desde la condición residual de cuerpos a la intemperie, encerrados y enterrados en un no-mundo, la situación comunicativa fundacional acaece como continuo ocurrir para ser escuchado, donde el personaje como lugar aparece como cumplimiento del habla. Por ello, el mismo despoblamiento del yo examinado por Rojas en el itinerario narrativo es auscultado en las piezas de teatro: desde las supuestas identidades de un yo diseminado en retazos de historias —Hamn, Krapp, Winnie—, desnudos de relato y repetidores incansables de palabras de otros, hasta la des-sujeción completa del pensamiento en la voz de Boca en *No yo* para permanecer aún, como sonido de alguien, en el “cortolamento débil” de *Aliento*.

En consonancia con lo advertido en el prólogo de este libro, Sergio Rojas declina realizar una interpretación de la obra de Samuel Beckett, prescindiendo asimismo de un acercamiento biográfico que busque al autor en la escritura o un abordaje filosófico que explique el pensamiento vertido en la obra. De allí, el acotado aparato crítico al que remite en sus notas y con el que dialoga cuando recupera algunos de los núcleos recurrentes de la poética beckettiana. Desestimando la obra como producto acabado, el autor elige internarse en la escritura como procesamiento, como forma que cobija un pensamiento que no termina de pensarse. Las novelas, las piezas de teatro, radiofónicas y *Film* son atraídas como estaciones en el curso de un trayecto —la escritura— como lugares en el que se procesan las constantes interrogantes y motivos recurrentes en Beckett: la espera, la inmovilidad, la rutina, el hábito, la cotidianidad, la memoria, el cuerpo, entre otros; siendo asimismo parte de estos, núcleos persistentes abordados en la reflexión y escritura del filósofo chileno en otros textos.

Así, despliegue e inmovilidad aparecen como la contracción que define el curso de la escritura beckettiana, alojada en la tesis que subyace a la propuesta de Rojas de la escritura como agotamiento en la imposibilidad del fin. Fustigamiento del habla movilizadora hasta la extenuación, en la imposibilidad de hacerse sujeto del silencio puesto que, si en el principio ya no había nada que decir, como declaran los hablantes de Beckett, todo está por ser dicho aún. De este modo, la escritura conducida hacia el minimalismo y adelgazamiento es, al mismo tiempo, expresión del exceso de existencia. La escritura devenida lugar, expresado en ese ‘de algún modo aún’, es también el espacio recorrido por Rojas en la escritura de este libro, otra forma de persistencia en su lectura de Beckett, explorada con anterioridad en otras de sus publicaciones.